Los holandeses

Fabio Morábito

Durante dos años pasamos las vacaciones de verano en el lago de Garda, en un trailer-park que contaba con unas canchas de tenis y un pequeño supermercado. Como todos los veranos, los *campings* de Italia eran invadidos por alemanes, franceses, belgas, suizos y holandeses. Los italianos éramos los menos, por eso los anuncios del sonido local se daban primero en alemán, después en francés, luego en inglés y hasta el final en italiano. Ese verano éramos cinco: mi madre, mi hermano, mi tía Amelia, su hijo Massimo y yo. Los sábados en la tarde nos alcanzaban mi padre y mi tío Elvo, que se regresaban a M. el domingo después de comer, y como no cabíamos siete en la misma tienda, mis tíos Elvo y Amelia, los sábados rentaban uno de los bungalows del trailer-park. Pero una vez que mi padre y mi tío Elvo se iban, Amelia y mi primo Massimo volvían a alojarse en la tienda con nosotros, es decir con mi madre, con mi hermano y conmigo. Yo tenía siete años, mi hermano nueve y Massimo seis.

Nos hicimos amigos de los holandeses que acampaban a un lado, dos familias amigas que vacacionaban juntas, una en un remolque muy confortable y la otra, como nosotros, en una tienda. La amistad surgió a partir de una noche de tormenta en que nuestra tienda zozobró por la violencia del viento y la lluvia. Las estacas que la fijaban en el suelo se aflojaron y las fuertes ráfagas que venían del lago tensaban la lona y amenazaban con desprenderlas. En medio de la noche los dos señores holandeses colocaron uno de sus coches delante de la tienda para protegerla del viento y al otro día revisaron las estacas una por una, hundiéndolas a más profundidad y asegurándolas con guijarros para que no se salieran con la tierra húmeda.

Se volvieron, en cierto modo, nuestros protectores. Dos mujeres jóvenes y tres niños, acampando en una tienda que ninguno de ellos podía armar ni desarmar, estimulaba ese espíritu de ayuda mutua que en los trailer-parks era la primera regla de convivencia. El campismo organizado estaba en sus comienzos y un aliento pionero reunía en una sola patria vacacional a alemanes, holandeses, belgas, suizos, franceses, ingleses e italianos. Pedir cualquier cosa al vecino contiguo, nimiedades como una servilleta, un sacacorchos, unas aletas para nadar o la bomba de aire para inflar las colchonetas, no sólo no era mal visto, sino era de todo punto necesario para adquirir la ciudadanía de campista. Aquel que nunca pedía un favor, que nunca solicitaba una ayuda, era visto con recelo. Imperaba un férreo espíritu cooperativo y cada recién llegado era absorbido instantáneamente en un vecindario bullicioso lleno de buenas intenciones.

Los holandeses eran dos familias de tres y cada familia estaba compuesta por el marido, la esposa y una hija de veinte años. La idea de vacacionar juntos había sido de las dos muchachas, que eran muy amigas. Los dos señores tendrían unos sesenta años, eran altos y canosos, y de las esposas sólo recuerdo una: alta y delgada, de ojos verdes, muy bronceada, siempre risueña. Las dos hijas de veinte años nadaban todo el día y alababan mis ojos. También las dos señoras los alababan. Me parecía que me saludaban con más calor que a mi hermano y a mi primo.

Tenían un pequeño bote con motor fuera de borda con el que salían a dar un breve paseo por el lago todas las mañanas. Iban hasta la Isla de los Conejos, un islote arbolado que estaba a un par de kilómetros de nuestra orilla del lago. Ahora, a la distancia, ese nombre me parece un poco pueril y es probable que se llamara de otro modo. Uno de los dos señores holandeses manejaba el timón del pequeño motor "Mercury" de quince caballos. Recuerdo que eran quince porque mi padre se propuso comprar un bote igual para el siguiente verano y a cada rato alababa ese motor. "Una joya", decía, "te dura toda la vida". Nunca lo compró, ni el bote ni el "Mercury".

Una mañana, los holandeses, a punto de zarpar para su paseo matutino, le preguntaron a mi madre si me dejaba ir con ellos. Iríamos hasta la Isla de los Conejos y regresaríamos en seguida. Mi madre no puso ninguna objeción. Cuando subí al bote una de las hijas me tomó la cara con la mano y dijo algo en holandés acerca de mis ojos. Los demás se rieron y yo también, como de costumbre, me reí. El motor de quince caballos se encendió despidiendo una nube de humo azulado.

Mientras abandonábamos la orilla saludé a mi madre, que agitó su mano desde nuestra tienda. Mi hermano estaba pescando y mi primo Massimo estaría en alguna parte junto con mi tía Amelia. Estaba orgulloso de que nuestros vecinos me hubieran invitado sólo a mí. Y de pronto uno de los dos señores, el que manejaba el timón, me dio a entender a señas que podía sentarme en su lugar y manejar la pequeña lancha. No me hice del rogar, me senté a su lado en la popa y puse mi mano sobre la barra del "Mercury". Las dos familias holandesas sonreían, a la expectativa. Desde que empuñé la barra me di cuenta de que el timón era demasiado pesado y que no podría mantener la derechura del bote. Este viró lentamente a la izquierda, trazando un amplio semicírculo que lo puso de nuevo rumbo a la orilla que acabábamos de dejar hace un minuto. En esa posición pude dominarlo un poco, la lancha dejó de zozobrar y se siguió derecho hacia la playa. Todo parecía indicar que había hecho esa maniobra para regresar a la orilla con mi madre. Estaba avergonzado y no me atreví a mirar a los holandeses, que no abrieron la boca y, amables como siempre, sonrieron comprensivos. Y en lugar de disipar el malentendido y hacerles entender que todo se debía a mi torpeza con el timón y que mi mayor deseo era ir con ellos a la Isla de los Conejos, me quedé impávido y adecué mi expresión a la lógica aparente de los hechos, mirando imperturbable hacia el frente mientras el bote se acercaba a tierra firme. Entonces el señor, con una sonrisa, me relevó en el timón, hizo deslizar el bote y lo detuvo para que yo descendiera en la parte más baja del agua. Sabía que los había decepcionado. Les di las gracias y los seis me saludaron cariñosamente agitando sus manos. Empecé a caminar hacia la orilla y oí a mis espaldas el arranque del motor y la lancha que volvía a alejarse, lago adentro. Apretando los puños y con la mirada baja, sin mirar atrás, caminé hacia nuestra tienda. Mi madre no me vio porque se había metido en la tienda y cuando volví la cabeza hacia el lago, los holandeses eran ya una mancha oscura en el sol de la mañana.



Medallón de la iglesia de Tecamachalco